

PENÍNSULA ATALAYA



# Victoria Camps

## Crear en la educación

La asignatura pendiente

## ÍNDICE

PORTADA

DEDICATORIA

CITA

PRÓLOGO

1 EDUCACIÓN SIN NORTE

2 LOS BUENOS MODALES

3 IR A LA CONTRA

4 QUE SEAN FELICES

5 EL VALOR DEL ESFUERZO

6 LA EDUCACIÓN SUBROGADA

7 APRENDER A SER LIBRE

8 EL VALOR DEL RESPETO

9 EL ASCENSOR SOCIAL

10 CONTROLAR LAS EMOCIONES

11 EL VALOR DEL EJEMPLO

EPÍLOGO. LA EDUCACIÓN EN SERIO

BIBLIOGRAFÍA UTILIZADA

CRÉDITOS

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita [Planetadelibros.com](http://Planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

---

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Próximos lanzamientos  
Clubs de lectura con autores  
Concursos y promociones  
Áreas temáticas  
Presentaciones de libros  
Noticias destacadas

---

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

A Daniel y Helena,  
Guillermo y Nuria,  
Félix y Cécile,  
y a las nuevas generaciones de educadores

*Creo que de todos los hombres que nos encontramos, nueve de cada diez son lo que son, buenos o malos, útiles o inútiles, gracias a la educación.*

John Locke,  
*Pensamientos sobre la educación*

## PRÓLOGO

El propósito de estas páginas no es teñir de escepticismo o de nostalgia la tarea educativa. Ya tenemos suficiente con las miserias que día a día nos relatan los periódicos o la televisión. Todo lo contrario, lo que quisiera es contribuir, aunque sólo sea con unas pocas ideas, al retorno de la esperanza en la educación. Parto de la hipótesis de que no creemos en ella. Pensamos que es inútil intentarlo, que no vale la pena invertir más esfuerzos ni palabras. Los impedimentos y los obstáculos que se interponen a la voluntad de formar a las personas son tantos que no es necesario perder más tiempo. Este sentimiento de impotencia es el síntoma de una realidad, a mi parecer, incuestionable: la escasez de discusiones y debates serios sobre las finalidades de la educación. Nos lamentamos mucho, eso sí, de que la escuela no funciona bien, de que la familia ha abdicado de su responsabilidad y de que el entorno mediático no contribuye en absoluto a facilitar las cosas. Desde la política, se modifican cada dos por tres las leyes de educación, pero nunca se enfrenta con decisión y directamente la elevada tasa de fracaso escolar que tenemos. El discurso es negativo, no constructivo, porque nadie se plantea en serio hacia dónde queremos ir.

Diversos factores pueden explicar lo que está pasando. Uno de ellos es que las sociedades evolucionan en el buen sentido, es decir, que progresan. Las mujeres han empezado a poder trabajar fuera de casa y a competir con los hombres en la vida pública. El derecho a la educación se ha universalizado hasta el punto de que la reivindicación política del momento es la escolarización de los menores de tres años, porque hasta los dieciséis ya están escolarizados. Dos

avances indiscutibles que, a su vez, dejan al descubierto unos vacíos que antes pasaban desapercibidos. De un lado, la tarea que desempeñaban las madres no ha sido sustituida por nadie y son ellas mismas las que, mejor o peor, han de seguir haciéndose cargo de sus hijos. De otro, la masificación escolar plantea situaciones problemáticas inéditas. Además, todo ello coincide con la democratización de las instituciones y con la secularización de la sociedad. Nos encontramos solos ante el reto educativo, sin otro soporte que el de unos valores éticos o constitucionales bastante abstractos e indefinidos, la declaración de los derechos humanos y poco más, porque ni siquiera nos ponemos de acuerdo sobre qué quiere decir «tolerar» o «aceptar» al que es diferente de nosotros. La educación autoritaria y punitiva pertenece a una época pasada que no deseamos que vuelva, pero hemos comprobado que no se educa únicamente desde la nada y el dejar hacer. Algo hay que enseñar si queremos educar. Existe un conjunto de valores, actitudes y maneras de actuar que no se aprende si nadie se toma la molestia de enseñarlo. Valores como el respeto, la convivencia, el esfuerzo, la equidad o el uso razonable de la libertad. En definitiva, todo este cúmulo de incertidumbres y dudas, de desorientación, ha conducido al abandono, diría generalizado, de la responsabilidad educativa.

Las consideraciones que siguen han querido dejar claros algunos de los problemas que actualmente tenemos para educar, pero sin catastrofismo, porque lo que está pidiendo a gritos la educación es credibilidad y reconocimiento. Entre la educación rígida e inflexible del franquismo y el nacionalcatolicismo y la no educación tiene que existir un término medio. Espero haber dado algunas pistas para hallar este camino. Pistas que apuntan a recuperar el buen sentido de conceptos como autoridad, normas, disciplina o respeto. La educación está estrechamente vinculada

a la ética entendida como la formación del carácter de una persona. Una formación que corresponde, principalmente, a la familia, pero también a la escuela, a la televisión y a la política en todas sus manifestaciones. El individualismo es uno de los rasgos que distinguen a nuestra sociedad; el otro es la soberanía del mercado, cuya oferta sin límites estimula la satisfacción inmediata de cualquier deseo. La conclusión es que falta cooperación y complicidad entre los diferentes agentes sociales que tendrían que tomarse en serio la educación de los menores y que es necesario luchar contra la potentísima fuerza del mercado que lo invade todo, sin consideración hacia otras metas y valores diferentes de los económicos.

Creo que luchar contracorriente ha sido siempre la constante de la educación. De no ser así no haría falta educar. La educación es necesaria, en primer lugar, por una razón tan sencilla como la de que nadie nace educado. Al niño se le tiene que enseñar todo, las predisposiciones genéticas constituyen solamente una condición de lo que llegará a ser en el futuro, que dependerá de lo que se le haya querido inculcar y de las influencias recibidas. En segundo lugar, las reglas de la oferta y la demanda, que son las del mercado, son insuficientes para conseguir una sociedad libre y justa. Es necesario que la política corrija las disfunciones del mercado y también que la educación forme las actitudes de las personas en el buen sentido. Si apuntamos sistemáticamente a la educación ante cualquier situación conflictiva—maltrato de la mujer, violencia callejera, vandalismo, falta de civismo—es porque no todo se resuelve legislando. Las leyes no transforman la realidad si no van acompañadas de la voluntad de las personas que, en definitiva, tienen que aplicar las leyes y hacerlas cumplir correctamente. Crear personas responsables es una de las finalidades de la educación.

Este libro es únicamente un librito, conciso y, espero, poco denso. Me consideraría satisfecha si consiguiese transmitir lo que quiere reflejar el título: *Crear en la educación* es nuestra asignatura pendiente. Para poder crear tenemos que eliminar unos cuantos prejuicios y corregir una serie de malentendidos. Y, especialmente, deberíamos hacer lo posible para no tener que repetir lo que Rousseau lamentaba en el inicio de su *Emilio*: «Pese a tantos escritos que, según dicen, tienen como finalidad la utilidad pública, la primera utilidad, que es el arte de formar a los hombres, todavía permanece olvidada».

Sant Cugat del Vallès,  
mayo de 2008

## 1

## EDUCACIÓN SIN NORTE

Hace tiempo que se acabó la educación *manu militari* prevaleciente en las escuelas hasta bien entrados los años sesenta. Las generaciones que han ido creciendo desde entonces han sido formadas al margen de la organización jerárquica y del sentido de la disciplina que dominó la formación de sus padres y abuelos. Aquélla era una disciplina marcada por reglas que sólo tenían una lectura posible, la lectura que venía dada por la autoridad reconocida y establecida, una autoridad que nadie osaba discutir. Todo estaba pautado y previsto. Las excepciones a la norma eran casi inexistentes. Desviarse del comportamiento obligado significaba un castigo inapelable no siempre dependiente de la gravedad de la transgresión, ya que no era tanto el contenido de la misma como la transgresión en sí misma, la desobediencia a la norma, lo que era considerado inaceptable. Las puertas de las escuelas se cerraban irremisiblemente un minuto más tarde de la hora prevista para empezar las clases, las alumnas se desplazaban de un lugar a otro en filas rigurosamente rectas y pautadas, que se ponían en marcha o se paraban al sonido de una señal de la monja que organizaba y controlaba la circulación por los pasillos y las escaleras. Los uniformes que nos obligaban a llevar eran «uniformes» en el sentido literal de la palabra. La misma modista los confeccionaba siguiendo escrupulosamente las prescripciones sobre la largura que debían tener las mangas, siempre largas, y las faldas cubriendo con generosidad la rodilla. Un silencio obligado dominaba las horas de estu-

dio y de refectorio. Las faltas de silencio eran una de las infracciones más castigadas.

En las escuelas de los años cuarenta y cincuenta, el orden y la disciplina no suponían ningún problema porque detrás había una organización jerarquizada en la que cada mando ocupaba su lugar y recibía el reconocimiento que le correspondía, de acuerdo con la responsabilidad que le había sido otorgada. En el caso de las escuelas religiosas, que eran casi todas, el clima de ritual y ceremonia, así como la moral estricta y casuística del catolicismo, funcionaban como un soporte impagable para preservar la integridad de todo el sistema. Nada se discutía ni se consideraba discutible. Los responsables de la educación tenían claro a dónde iban y qué se proponían.

La familia no era una nota discordante respecto al clima que se respiraba en las escuelas. Al contrario, las niñas nacidas en la inmediata posguerra enseguida aprendían que la autoridad de los profesores y de los padres (especialmente la del padre) eran incuestionables. La familia, por su parte, también reconocía una jerarquía interna que tenía en el vértice superior de la pirámide la figura consagrada del padre. Todo estaba reglado: la hora de levantarse, de comer y cenar, de volver a casa, de ir a dormir. No había televisión. El mundo no era de los jóvenes ni de los adolescentes (la adolescencia como tal no existía), sino de los adultos, que eran los que tenían la sartén por el mango. La infancia apenas merecía contemplaciones. La obligación de los niños era aprender a ser personas educadas, formales, obedientes y bien integradas en el mundo transmitido por los adultos.

La obediencia era la virtud nuclear y vertebradora de todo el conjunto. Y la infancia, la época destinada a obedecer: obedecer a los padres, a los maestros y a los adultos en general. En catalán llamamos a obedecer «creer».

«Aquest nen no creu» significa «Este niño es un desobediente». El vocablo «creer» dice algo más que el mero «obedecer». Significa la necesidad no sólo de hacer lo que está mandado, sino de adherirse sentimentalmente, con el corazón o con las emociones, como diríamos hoy, al contenido de las órdenes emanadas de la autoridad. Ante el «eso no se hace» de la madre, el hijo o la hija están obligados a creer que aquello realmente no debe hacerse, que está mal y por ello no está permitido, que la norma debe ser obedecida. Pues bien, la educación de nuestra infancia tenía como misión fundamental enseñar a los niños y niñas a obedecer y «creer». Creer lo que decían los mayores.

Afortunadamente, digámoslo con todas las palabras y todo el énfasis que sea necesario, las cosas han cambiado. Aquello no era propiamente educar. No lo era en el sentido que le deberíamos dar a la palabra «educación» derivado de su etimología. «Educar», *educere*, quiere decir extraer de la persona lo mejor que lleva dentro. De acuerdo con esta idea, educar no sólo es transmitir unos conocimientos instrumentales que se supone que serán más o menos útiles, o inculcar unos hábitos y unas rutinas determinadas. Educar comporta, al mismo tiempo, el esfuerzo de activar o potenciar todo aquello que la persona podrá dar de sí, lo que implica una tarea de observación, de ensayo y error, de seguimiento constante de quien debe ser educado. Un seguimiento flexible, adaptado a cada individuo que, como tal, es único y diferente a cualquier otro. Lo sabemos de sobra los que hemos tenido más de un hijo. Aun procediendo de los mismos padres, cada hijo es diferente. Hoy somos más sensibles a esa exigencia de adaptarnos a las necesidades y posibilidades de quien debe ser educado. Formalmente, lo llamamos «educación personalizada» o «educación para la diversidad». En este punto estamos lejos de la educación recibida, rígida, inflexible y homogénea, que te-

nía unas finalidades muy definidas, diferentes, por supuesto, si eras niño o niña, y en ningún caso abierta a algo que no fuera llegar a ser en el futuro una buena madre o un buen padre de familia.

Precisamente porque aquella educación era anacrónica y premoderna, sustancialmente católica, muchas de las cosas que aprendimos las olvidamos y arrinconamos tan pronto como fuimos capaces de tomar algunas decisiones autónomas. Estas decisiones consistían más en dejar de hacer lo que se hacía, o en hacer todo lo contrario, que en imaginar ideas nuevas. La ley del péndulo, a la que somos tan aficionados, provocó una especie de reacción visceral contra la experiencia vivida porque era excesivamente prescriptiva, represiva, coactiva y religiosa. Parecía imposible cambiar algo sin darle la vuelta a todo; no había que preservar nada del pasado, porque todo había sido una equivocación y una manera errónea de educar. Hacía falta «educar en libertad», no encorsetar a los menores con reglas y normas inútiles, que hacían antipáticos a los adultos y exageraban la distancia entre padres e hijos, maestros y alumnos. En primer lugar, había que aflojar la disciplina hasta el punto de hacerla desaparecer. No sólo se consideraba innecesaria, sino que podía ser contraproducente para la expresión «libre» y espontánea del niño. Palabras como esfuerzo, constancia, obediencia, sacrificio o autoridad, las más repetidas en la rígida educación de la época franquista, desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos del vocabulario educativo.

No se trataba sólo de una reacción lógica y comprensible a una manera de educar que no era propia de la democracia que acabábamos de estrenar. Habían proliferado las teorías pedagógicas o psicopedagógicas que propugnaban una atención diferente y, sobre todo, menos coactiva, hacia la infancia. La libertad ganaba terreno como valor fundamental. Si algo había que enseñar era a ser libre, no a vivir

dominado. Habían sido proclamados los derechos de la infancia. En definitiva, había que cambiar el modelo educativo y la perspectiva.

La intención era buena, ya que el cambio era absolutamente necesario. Pero no se actuó con sensatez ni con prudencia, sino, como acabo de decir, siguiendo la ley del péndulo, que nunca es la mejor directriz para realizar reformas inteligentes. No lo es porque actúa de manera reactiva, con voluntad de destruir lo que existe, más que de construir. La ley del péndulo nos ha llevado a la situación actual, tan crítica con el modelo educativo, si es que podemos hablar de modelo. Pues, efectivamente, parece que uno de los defectos evidentes de la educación actual es la falta de criterio respecto a qué hay que enseñar y qué hay que corregir. La situación es de desorientación total. No sabemos cómo debemos responder a los continuos interrogantes que plantea la educación de los hijos en unas circunstancias que no se parecen en absoluto a las de los tiempos en los que dominaba la educación fundamentada en el orden, la disciplina y el respeto a la jerarquía. Hoy en día la escuela es laica, la educación es mixta y, además, es un derecho universal. El horario escolar ha sido considerablemente reducido, muchas mujeres trabajan fuera de casa, la estructura familiar no es sólida y tiene muchas variantes posibles (familias tradicionales, monoparentales, homosexuales), existen la televisión, los videojuegos, internet, los móviles y un montón de ofertas lúdicas en conjunto muy poco coherentes con la tarea de educar. ¿Cómo organizar el caos de lo que parece que no responde a unas finalidades claras? ¿Cómo controlar lo que parece que escapa a cualquier tipo de control familiar, escolar o político? ¿Cómo compatibilizar los diferentes mensajes que reciben los menores y que son absolutamente contradictorios?

Lo más fácil, como en todo, es no hacer nada. Pedir insistentemente que sea la escuela, la institución por definición educadora, la que se encargue de hacer todo el trabajo de deshacer lo que no funciona y volver a empezar. En un mundo tan especializado como el nuestro, donde se pide que haya un experto para cada disfunción y una solución para cada problema, cuando nos fijamos en el desbarajuste educativo, reclamamos a continuación una actuación más contundente de la escuela. Es allí donde se educa. No exactamente porque creamos que no es trabajo de la familia repensar la educación, sino porque hacerlo es demasiado complicado. Las familias no están organizadas como lo está la escuela que, al menos, depende de un sistema nacional de educación. Sin embargo, la realidad es que una vez han sido eliminados todos los defectos que tenía la educación del antiguo régimen, nos hemos quedado sin ideas que orienten una nueva manera de educar. Desaparecidas las prohibiciones ridículas y absurdas, nos encontramos con una realidad en la que todo está permitido. Ha desaparecido la disciplina y ya no hay manera de hacer cumplir las normas ni de instaurar el mínimo de orden necesario para enseñar algo. La permisividad ha sido el resultado no previsto, pero real, de una serie de factores que han acabado por abandonar la educación a su aire. Intentaré detallarlos.

#### HIJOS CONSENTIDOS

En primer lugar, ha habido un factor de desorientación y desconcierto, de incertidumbre ante la realidad de tener que pensar cómo educamos. La educación ha perdido el norte. Las finalidades de la educación están poco claras o hay una falta total de ideas. Queríamos una educación con-